Puerto Rico Evangélico

"Las islas esperarán su ley." Isaías 42:4.

AÑO 2. *PONCE, PUERTO RICO, JUNIO 10 DE 1914.* *NUM. 23*

Puerto Rico Evangélico.

Organo oficial de las iglesias Presbiteriana, Hermanos Unidos en Cristo, y Congregacional en Puerto Rico, en sustitución de El Testigo Evangélico y La Voz Evangélica.

Published semi-monthly on the 10 and 25 of each month.

Director y Administrador, Philo W. Drury.

Redactores:

Arturo Salguero Font, Mayagüez; E. A. McDonald, Isabela; A. R. Thompson, Lares; José Santana, Ponce; Juan Díaz, Juana Díaz; C. I. Mohler, Yauco; T. M. Corson, Humacao; Juan Robles, Fajardo; Macario Rodríguez, Yabucoa.

SUBSCRIPTION PRICES:

In the United States, Mexico, and Cuba, 50c a year.
In all other countries, 75c a year.

Las suscripciones se pagarán por adelantado.

Administración y Redacción: Calle Jobo núm. 7.

La correspondencia relacionada con la Dirección y Administración debe ser dirigida a PUERTO RICO EVANGELICO, Apartado 423, Ponce, P. R.

No se devuelven los originales, publíquense o no.

Son agentes de este periódico todos los pastores de las tres iglesias que cooperan en su publicación y otras personas nombradas por la Administración.

Las suscripciones pueden principiar el día primero de Enero, Abril, Julio, u Octubre.

Entered as second class-matter July 10, 1912, at the post office at Ponce, P. R., under the Act of March 3, 1879.

Editado por la Compañía Tipográfica "Puerto Rico Evangélico."

La Labor por Excelencia.

Así calificamos todos aquellos esfuerzos que tiendan al bien de los niños, porque esta labor es la más noble, la más importante, la que determina no sólo la suerte de los individuos sino también la de los hogares, de las naciones, y del mundo. Merece por lo tanto la más simpática y entusiasta adhesión de todos aquellos de sentimientos altruistas.

La educación del niño empieza con su nacimiento, siendo suceptible éste al ambiente del hogar que inconscientemente tanto para él como para los padres influye poderosamente en la formación del carácter del niño. Luego las influencias de la escuela se dejan sentir, y por fin las condiciones sociales, resultado directo de la legislación o falta de ella, constituyen un factor importantísimo en la vida del niño. Dadas estas verdades, conviene a cualquier pueblo ocuparse en crear un ambiente favorable para el mejor desarrollo y educación de los niños, para que su vida sea simétrica, noble y de la mayor utilidad. El no hacer esto ha de ser calificado como un crimen, porque así se obra una injusticia a la inocente y débil niñez.

La labor en pro de los niños es la más alta expresión del patriotismo. Es el precursor de una vida mejor para un pueblo, porque los niños de hoy determinarán la vida del pueblo mañana, y proporcionándoles un ambiente saludable, y guardándoles de lo perjudicial asegura una nueva generación con mayores virtudes y menores deficiencias que las que nos caracterizan en la actualidad. Aquellos en cuyas manos está el destino de los niños deben hacer una labor positiva, no pensando solamente en cómo corregir a los defectuosos y reformar a los criminales, sino más bien en cómo evitar las condiciones que crean criminales y producen la miseria. He aquí el asunto de primera importancia para los interesados en el bien de la patria.

Pero el factor que más puede obrar beneficiosamente en la vida de los niños es el Evangelio de Cristo. Éste llega al corazón, y luego influye en todo lo relacionado con la vida. Evita el desvío, guarda al niño puro, conserva sus energías, salva al alma y como consecuencia lógica da por resultado el hombre más noble y más útil. La escuela bíblica, donde se enseñan los sublimes principios del Evangelio, ofrece una hermosa oportunidad de inculcar estos principios en los niños, y todos los padres que aman a sus hijos deben ponerlos bajo tan benéficas influencias. Y cuando el hogar coopera con la iglesia en su obra salvadora para los niños, el alba de un nuevo día se despuntará.

El hace del amor un derivado de la más bestial filosofía; de la bondad y de la ternura, mofa; de la exaltación de la virtud, una cursilería, del lazo familiar, una tiranía insoportable; del adulterio, un accidente sin importancia; y del mundo, una esfera de cieno que da vueltas entre las patas inmundas de un escarabajo monstruoso, al que diera vida un mito de condenación.

Del teatro francés, escribió René Doumic en 1911 estas palabras: «Si el teatro persevera en la brutalidad, los aficionados a los espectáculos, no quedarán por eso recluidos en sus hogares, buscarán esparcimiento en otros puntos, sobre todo en el cinematógrafo.»

La profecía se ha cumplido.

Se ha calculado que el consumo de películas cinematográficas en el mundo es de 300,000 metros diarios, es decir, más de cien millones de metros anuales. Cien mil kilómetros.

En Marcella hay 40 *cines*, en Lyon muchos más; en París, pasan de 200; en Nueva York, 500; en Londres, otro tanto . . . en Birmania hay *cines*, en Bombay, en Singapoore . . . .

El *cine* es el amo del mundo; estamos en la edad del *cine*.

El *cine*, como espectáculo, es, sin duda, un elemento transcendental de la mentalidad contemporánea. La industria colosal que representa, accesoria primero, paralela después y rival imponente hoy del teatro, merece atención escrupulosa. Es un arma de eficacia incalculable. Como la dinamita es vehículo de progreso y elemento brutal de destrucción.

Tiénese por un espectáculo de familia y popular, y eso es cabalmente, su más grave peligro.

Es un instrumento inapreciable de sugestión y de enseñanza infantil, y esa es la más temible amenaza que encierra. Es barato; en eso estriba la rápida generalización de los daños morales y fisiológicos que se le pueden atribuir.

Prescinde de la palabra . . . y por eso universaliza las más nefandas producciones que una imaginación en delirio pueda concebir en cualquier idioma.

Pues bien; este peligro es hoy una realidad tan apremiante y tan dolorosa que en vano podríamos disimulárnosla por ningún estímulo.

Y no culpemos a los gobiernos o autoridades del incremento de aquesta forma del mal. No culpemos a nadie de que los *cines* se llenen de niños a todas horas, pero especialmente, en las llamadas *tandas infantiles*. Son los padres los directamente responsables de la perversión de los niños; ellos los cooperadores con su descuido y falta de celo, a la ruina moral de sus hijos.

¿Cómo entonces, hemos de hacer eficaz la instrucción moral y cívica de la escuela, si el niño se rinde a las enseñanzas más impresivas del *cine*? ¿Qué pugilato es éste entre la película y el maestro? Vosotros, padres, ¿con qué derecho os lamentaréis mañana de la precocidad viciosa o delictiva de vuestros hijos? ¿Y dónde dejáis la suprema responsabilidad ante Dios por este abandono y esta indiferencia en el cumplimiento de vuestro más premioso deber? ¿Qué esperanzas podrán abrigar la sociedad y la patria de los niños de hoy que pasan la edad de todos los contagios y de todos los peligros entre la calla, el *bate y el cine?*

—*Cuba Cristiana.*

Influencias de las Canciones Infantiles en el Carácter de un Pueblo.

Por Abelardo M. Díaz, Autor de "Por el Bien de los Niños."

"Sea yo el cantor de mi patria y poco me importa quienes sean sus legisladores."

La música es la poesía del sonido, así como la poesía es la música de la palabra.

El vehículo de la idea es la palabra; el vehículo de la voluntad, la acción; el vehículo del sentimiento, la música.

La música es el verdadero esperanto, el idioma universal en que se hablan todos los corazones, en que se entienden todas las almas.

El canto es la gloriosa conjunción de la poesía y la música, las dos artes más espirituales, más humanas y más divinas.

Cantar es vivir. El canto es vida; la vida es un canto al deber, al amor, a la esperanza, a Dios. Los pueblos que quieran vivir bien, deben aprender a cantar bien.

El canto es el primer medio de comunicación que se establece entre la madre y el hijo. Antes que los curiosos ojitos de éste conozcan el rostro de aquélla, sus atentos oidos perciben y distinguen la voz maternal.

El niño es sumamente sensible a la música. Si a las pocas semanas de haber nacido él oye cantar una canción, deja de llorar y escucha silenciosamente; y si siente tocar alegres piezas musicales, entonces se entrega a un animado ejercicio de gimnasia, en el que toman parte la cabeza, los bracitos, las piernas, los labios sonriendo y los ojos curioseando.

La música lo consuela, si él llora; lo duerme, si no tiene sueño; lo aquieta, si está intranquilo. La madre que sabe cantar posee el precioso secreto de alegrar y dominar a sus hijos.

Los pedagogos, comenzando con el inmortal Froebel, han reconocido a la música como el principal instrumento de educación, por medio del cual se consigue que el niño sea más feliz en la vida, más disciplinado en el hogar y la escuela, más apto para sentir, juzgar y expresar la belleza. El pedagogo norteamericano Johonnot dice: «Debe enseñarse diariamente el canto . . . , por el placer que proporciona, por la cultura estética que promueve, y por sus resultados benéficos en la disciplina de la escuela.»

Como todas las impresiones recibidas en el plástico período de la niñez, los cantos escuchados en la cuna no se borran jamás de la mente y mucho menos del corazón. Y no sólo no se olvidan, sino que determinan, muchísimas veces, el destino del hombre y el carácter de los pueblos.

Froebel confiesa que las canciones que aprendió en su infancia sirviéronle de norma de conducta durante toda su vida. La inspiración de su grandiosa obra la recibió por medio de las dulces melodías nacidas en el corazón de una buena madre.

Erróneamente creemos que dejamos atrás al niño cuando traspasamos los linderos de la niñez. El continúa acompañándonos en la juventud y la virilidad; y cuando llegamos a la vejez, el niño se encarga de enterrar al joven y al hombre, y entonces recupera todos sus derechos, viviendo plenamente, cerca de la tumba, la vida de la cuna. Parodiando a un filósofo alemán que dijo: «Los muertos están ¡ay! en nosotros;» yo escribo: *Por desgracia o por fortuna, el niño vive siempre en nosotros.*

Afirmo esas verdades, para que comprendamos claramente toda la trascendencia estética y moral que entraña la magna cuestión de los cantos infantiles. Meditemos las sabias palabras del famoso retórico Quintiliano: «*Si se principia por lo amargo, sentirán el mal gusto aún después que sean hombres.*»

He aquí varias muestrecitas del acíbar artístico con que amargamos la preciosa vida de nuestros carísimos hijos, corrompiendo, en la aurora de su existencia, su gusto estético y su carácter moral:

«Dices que no me quieres, porque no tengo la nariz perfilada, los ojos negros.

Este niñito quiere dormir en cuna. Su padre es carpintero, que le haga una.

Mariquita, María, ¿dónde está el hilo? Madre, las cucarachas se lo han comido. Anda, embustera, que las cucarachitas no tienen muelas.

¡Ay! tururete, ¡ay! tururete, el que no tiene vaca, no bebe leche; y yo como la tengo, la bebo siempre.

Dicen que si te quiero, me van a *molel*, como un clavo de especie en un *almirel*.

Quiéreme y anda, quiéreme y anda; quiéreme y no me olvides, prenda del alma.

A la virgen del Carmen le voy a pedir, un corazón de oro para no sentir.

Mi amante es un cobarde que no se atreve a decirle a mis padres que por mí viene.

¡Ay! turoronte, ¡ay! turoronte, con la leña más verde se quema el monte.»

Plenamente convencido del inmenso, inconcebible daño que hacemos con esas insubstanciales, melancólicas y feísimas canturías a la naturaleza estética y moral de los niños puertorriqueños, por cuyo bien velo y velaré, cumpliendo así dulce y sagrado deber de cristiano patriota, decía en mi ensayo «El Hogar:»

«El gran pedagogo alemán Froebel legó a su patria un precioso libro de canciones infantiles, por medio de las cuales se inculca al niño el amor a la familia, a sus semejantes, al tra-

(*Continúa en la página 11.*)

investigación que se ha practicado, el capitán del vapor que se perdió ha sido librado de toda culpa por la desgracia, cayendo sobre el capitán del «Storstag» toda la responsabilidad. Se le hace responsable al «Storstag» de una indemnización de $2,000,000 para garantizar la pérdida que han tenido los dueños del «Empress de Ireland.»

Influencias de las Canciones Infantiles en el Carácter de un Pueblo.

(*Continuación de la página 7.*)

bajo, a la naturaleza, a Dios. Y nosotros, hijos de esta bella tierra, ¿qué cantos enseñamos y permitimos cantar a nuestros pequeñuelos? Vergüenza grande da decirlo, pero los males hay que denunciarlos con franqueza, si es que aspiramos a combatirlos con éxito. Los primeros cantos con que los arrullamos en la cuna sólo inspiran tristeza y miedo. Citemos como ejemplo de estos cantares tan extravagantes como funestos, por la impresión que producen en el corazón tierno y en la imaginación viva del niño: "*Duérmete nene, que el cuco viene a comerse los niños que no se duermen.*" Tan pronto comienza a hablar, él olvida los quejumbrosos y terroríficos cantos que, con insufrible monotonía, oyó cantar en los dos o tres primeros años de la vida, y entonces aprende las canciones amatorias que, por desgracia, tan en boga siempre están.

De ahí que a cada momento seamos dolorosamente impresionados al ver una niñita de seis u ocho años cantando, a todo pecho y con cierto precoz apasionamiento, una canción henchida de ese enfermizo erotismo que tanto caracteriza nuestros cantos populares.

Atribuyo a esta clase de canciones y a la perniciosa tendencia de nuestros niños a imitar el lenguaje y las acciones de los grandes la enfermedad que yo llamo "*el envejecimiento prematuro del alma latina.*"

Aconsejo a las madres que no canten más esos cantares enfermizos, cantares que dejarán, sin duda, una huella imborrablemente siniestra en el delicado corazón de ese angelito que duerme y retoza inocentemente en la cuna. «El canto,» decía Chateaubriand, «nos viene de los ángeles.» Es cierto, pero el canto malo por la letra y por la música seguramente no viene de los ángeles, sino de la rutina, la ignorancia y la indiferencia.

El objeto de este artículo, el cual es una enérgica protesta y una franca exposición de un intolerable estado de cosas en un país civilizado y progresista como Puerto Rico, es denunciar esa plaga moral y sus funestos resultados, para que, levantándonos como un hombre, luchemos hasta hacerla desaparecer.

El pueblo de hoy está en el deber de cuidar y preparar al pueblo de mañana. Y ese cuidado y esa preparación han de comenzar en la cuna. La cuna del niño, queridos compatriotas y hermanos, es el arca en que podrá salvarse el pueblo en medio de los grandes diluvios morales que puedan sobrevenir. Acertadísimo estuvo el que dijo: "*Nuestro porvenir depende de nuestra infancia.*"

Políticos y legisladores, padres y maestros, poetas y ministros del Evangelio, agrupáos junto a la cuna, que ahí se elabora el porvenir; acercáos junto a ella, porque ahí, y no en otra parte, se ha de librar la gran batalla que ha de decidir la dicha o el infortunio de la patria, la grandeza o la ruina de los pueblos. Entonad al pie de la cuna, que es el centro del mundo social, dulces y nobles cantos que despierten los más generosos sentimientos del niño, llenando su cerebro de luz, su corazón de gozo y su conciencia de santidad.

Confesemos grandemente avergonzados que nuestras madres no canten otras canciones infantiles, porque no conocen otras. Nuestros poetas han arrancado de sus armoniosas liras sonoros cantos para la patria, para el amor, para la naturaleza; han cantado a todo, menos al hogar. El hogar no tiene poetas que lo canten, como si él fuera una cuerda que no suena en el concierto de nuestros amores. Y es preciso acabar con esa deficiencia fatal.

Es de todo punto necesario que se provean canciones propias para el hogar, como las hay para las escuelas. Estas carecían de himnos apropiados, y el Sr. Fernández Juncos escribió la letra y el Sr. Braulio Dueño Colón compuso la música, y hoy cuentan con dos himnarios de inestimable valor. ¿Por qué estos mismos señores, u otros tan competentes como ellos, no preparan un libro de canciones infantiles, para ser usadas en el hogar? La Legislatura debe intervenir en este importantísimo asunto, encargando al Departamento de Educación que realice tan luminosa idea y enseñe en las escuelas las canciones domésticas, animando a los escolares, para que éstos las introduzcan en sus respectivas casas.

Tal es la sublime misión que en bien del hogar y de la patria está llamada a cumplir la escuela pública.

Los pequeños enseñarán a los mayores a cantar las canciones de la infancia. De este modo el niño será el maestro del hombre y el reformador de su patria.

Caguas, Mayo, 1914.